



Leyendo la «Alemania», de Enrique Heine — esta obra tan fresca y actual todavía, a pesar de sus ochenta y cuatro años, — llegamos a un melancólico pasaje que agravó el trance o grippe espiritual en que nos tiene sumidos esta ramplonería vecinal, tan espesa como la arcilla de hacer ladrillos, que nos envuelve y sofoca en la España de hoy.

Hablando de la tardía conversión del filósofo Schelling, recuerda Heine aquello de Ballanche de que los iniciadores tengan que morir apenas se ha cumplido la obra de iniciación. Y agrega Heine: «¡Ay, buen Ballanche!; esto no es verdad más que en parte, y yo podría más bien afirmar que cuando se ha cumplido la obra de iniciación el iniciador muere... o se hace apóstata. Y así podemos quizá suavizar el duro juicio que deja caer sobre el Sr. Schelling la Alemania pensante; podemos quizá cambiar en tranquila lástima el grave y fuerte desprecio que sobre él pesa y su deserción de la propia doctrina explicarla no más que como consecuencia de aquella ley natural de que quien ha dedicado sus fuerzas todas a la expresión o a la exposición de un pensamiento, luego que lo ha expresado o expuesto cae rendido, cae o en brazos de la muerte o en brazos de sus enemigos de un tiempo.»

¡Terrible «ley natural» — ¿lo es? — ésta que Enrique Heine formuló hace ya 84 años! El defensor de toda idea, si no nueva que choque con la cobardía y vileza o con los prejuicios de los de su tiempo y su país, está destinado al fracaso. O la muerte — lo que no es tan grave — o, y esto sí que es triste, la defeción por cansancio. ¡Y cuántas supuestas conversiones no se deben más que al cansancio!

Ese triste pasaje heiniano, con su terrible ley natural, nos ha cogido en días en que nuestro espíritu no podía — y aun no puede — respirar por la angustia de un ambiente moral público de un espesor de muerte. Parécenos respirar en el fondo de una caverna, con encima un aire de ramplonería vecinal que se masca y de vileza. Un apelmazado silencio respecto a las cosas más graves nos oprime. Los más de los españoles no se han dado aún cuenta de que se está librando en el mundo la más terrible de las guerras. A lo sumo no lo ven sino desde nuestro problema interior y pasajero de las subsistencias materiales. En las otras subsistencias, en las morales, en la dignidad, la libertad y la independencia de la patria, nadie parece pensar.

¿Patria? ¡Pero es que tenemos patria los españoles? ¡Pero es que se puede llamar patria a este campo de maniobras de trogloditas, de políticos profesionales, de acaparadores y de agiotistas de toda laya?

Llegará día, lo tememos, en que, rendidos, abrumados, todos los que hemos iniciado algún pensamiento de libertad, de civilidad, de democracia, nos veremos arrastrados, perdida la conciencia viril y libre, a la más vergonzosa conversión, si es que antes no nos llega la redención, no nos llega la muerte; esto es, la muerte redentora. La muerte será acaso la única redención que nos quede de una posible defeción futura. O cuando menos de una huida, de una deserción del campo de ba-

talla, de una triste retirada a eso que se llama la vida privada y no es la mayor parte de las veces más que una verdadera muerte civil. Porque vislumbramos días muy tristes.

¡Si uno, al fin, tuviese siquiera veinte, o hasta aunque no fuese más que una docena de años menos!... Porque entonces cabría escaparse de la muerte civil o de la defeción, de la fatídica conversión, mediante la emigración; cabría ir a esperar la muerte natural a otra tierra, a otra patria, donde se respirase aire de libertad. ¡Felices los que pueden hoy emigrar e irse a otras tierras a trabajar en ellas por una

nueva España de la que no tenga uno que avergonzarse de ser hijo!

La ralea conservadora anda ya por esos pueblos predicando la «mala vieja» — que es todo lo contrario de la «buena nueva», — el antievangelio de la vuelta a los viejos, a los decrepitos partidos gubernamentales, a los partidos de su majestad, a las tandas turnantes de profesionales de la politiquería electorera y oligárquica. Uno de nuestros ex ministros corrompidos y corruptores, el señor Bugallal, espejo de caciques, lo ha proclamado en Alicante, y junto a él oficiaba don Salvador Canals, este sutilísimo escéptico que no cree en nada ni en nadie.

Y el más tremendo silencio está hundiendo a España en la sima de la degradación moral pública. No es que no se grite; es que no se oye. El país no está mudo, pero está sordo. No se oye ni a sí mismo; no oye ni las voces que él mismo da. Se ve más bien que se oye que hay quienes gritan. Figuraos un país sin aire o con aire tan espeso que no vibrara el sonido, y que vierais que las gentes abren la boca como gestos agónicos y hacen el gesto de quien vocea, pero no oyeráis nada. Así es aquí. Y se ve, no se oye, que uno al fin se ha callado, que le han tapado la boca, acaso con un mendrugo de pan negro y seco, cuando como al Carón del Dante se le ve que se le paran y quedan inquietas las lanosas mejillas (v. «Inferno», III, 97). Y quietas para gritar, no quietas para mascar. Que comer y gritar no puede hacerse a un tiempo. Y aquí en España para poder comer, y comer pan de servidumbre, tendrán no pocos que callarse.

Nos tememos que se acercan días tristes, muy tristes, para los que amamos la libertad civil, la civilidad libre de la patria, para los que anhelamos una verdadera democracia española. Vemos en perspectiva una porción de lamentables defeciones, de conversiones por cansancio; vemos a fuertes luchadores de hoy sucumbiendo al terrible silencio, o mejor aún a la pavorosa sordera de los que les rodean, y vemos que volverán, y con más fuerza, a gobernar los mediocres, los lacayunos, los serviles, los que se presten a las veleidades irreflexivas del amo, y que acaso retornen conatos de ridículo imperialismo liliputiense. ¡Acaso un día nos pesará de no haber muerto a tiempo!

Miguel de UNAMUNO.

